LA HABANA

TIEMPO DE DESCUENTO

PEDRO COLL

PRÓLOGOS DE
AGUSTÍ VILLARONGA Y MIGUEL COYULA

LA HABANA. TIEMPO DE DESCUENTO

PEDRO COLL

Fotografía
Pedro Coll

Textos
Agustí Villaronga
Basilio Baltasar
Mario Coyula
Miguel Coyula
Pedro Coll

Concepto y edición
Pedro Coll
Txema González

Coordinación
Calma Civic Media

Diseño
Txema González

Fotomecánica e impresión
Artes Gráficas Palermo

ISBN:
Deósito Legal:

© Pedro Coll, 2019
© El Punto Amarillo, 2019

El Punto Amarillo Ediciones
www.elpuntoamarillo.com

LA HABANA. TIEMPO DE DESCUENTO

En diciembre de 2014, Barack Obama y Raúl Castro dieron los primeros pasos para normalizar las relaciones entre ambos países. Aun dando por hecho que no iba a ser un camino de rosas la sensación para la comunidad internacional, y especialmente para los cubanos de a pie, fue de alivio y esperanza. Después llegó Míster Trump y las ilusiones quedaron en el aire…

La mayor parte de las imágenes de este trabajo fueron tomadas entre diciembre de 2014 y agosto de 2015. Son la crónica callejera de los 6 meses transcurridos entre el primer acuerdo de los dos mandatarios y el izado de banderas en las respectivas Embajadas. Esta es mi transcripción personal de un momento histórico muy concreto y, a la vez, la constatación de la descompensada mutación que está viviendo la sociedad cubana después de llevar más de cinco lustros sumergida en una épica burbuja.

A modo de intencionado contrapunto narrativo, he ido recuperando e intercalando imágenes en blanco y negro procedentes de mi libro 'EL TIEMPO DETENIDO. LA HABANA', publicado por Editorial Lunwerg en 1995. Estos monocromos, cohabitando con las imágenes en color de hoy, mas de dos décadas después, me producen una profunda sensación de nostalgia: aquella Habana sufriente y algo naif del *período especial*, ofrecía a nivel de calle, una imagen cordial y culta, entristecida, sí, pero humanamente próxima y entrañable, profundamente digna aún viviendo en la carencia.

Pocas cosas trascendentales han cambiado para los cubanos desde entonces. Sin embargo ya nada es igual ni ellos son los mismos. El tiempo no se detuvo en 1995, el tiempo tan sólo se detiene de manera virtual, cómo licencia literaria. Fluye imparable, y nosotros somos testigos pasajeros de lo que acontece.

Pedro Coll
La Habana, 2017

1995

2015

La Habana. El tiempo detenido
Lunwerg Editores, Barcelona
Pedro Coll, 1995
120 páginas

DEL PRÓLOGO A “EL TIEMPO DETENIDO”

BASILIO BALTASAR

El viaje que aquí propone Pedro Coll es el itinerario del ojo que no habla, que ni tan siquiera tiene por qué escuchar. Sólo mira. Altera con su cámara la escena de las calles de La Habana pero su presencia es fugaz. Es el documentalista ideal de la antropología: la curiosidad infinita, el gran respeto por las gentes y su modo de vida, la vocación por lo verídico, la desconfianza científica.

En realidad el mito al que apunta el fotógrafo es el del hombre invisible. Es este arquetipo el que rige su trabajo. Verlo todo, registrarlo todo sin que nadie se moleste.

En ausencia de tal maestría Pedro Coll adopta la posición más parecida, la cordialidad. Con una educación exquisita, con una elegancia afectuosa, Pedro Coll ha visitado La Habana. Se ha paseado como un suspiro, de puntillas.

Palma de Mallorca, diciembre 1995

HA LLEGADO EL COLOR, PERO...

MIGUEL COYULA

Fotografiada por Pedro Coll, La Habana emana los colores de una inercia en apariencia vital, pero que flota en un capitalismo de bajo presupuesto. La ciudad se desdibuja por el movimiento de sus habitantes.

Aquí todo ha sucedido ya. En la Habana que aquí se nos muestra desaparecen las ideologías y se parece cada vez más a cualquier otra urbe subdesarrollada, descontrolada, abandonada.

La experiencia es sensorial. El efecto es bello y desgarrador. Pedro encuentra unidad en la cacofonía visual que predomina en la isla. El eclecticismo de la Habana se ha convertido en una amalgama donde cada vez resulta más difícil discernir los ingredientes originales. Sus imágenes apuntan a un futuro caótico donde el impresionismo borra la historia.

El ser humano es captado a través de una visión extremadamente panorámica. La técnica visual integra las personas a su contexto con un dinamismo horizontal que desaparece en fugas a los costados. Circularidad e insularidad. La profundidad de campo es utilizada para, intencionadamente, llenar la imagen de la mayor cantidad de información posible, con la acción congelada en diferentes planos. La fracturación de los cuerpos y la distorsión del lente logran algo muy raro: convertir la mundanidad en arte.

Las panorámicas de la ciudad adquieren distancia para observar desde las alturas, en la penumbra de la hora mágica, más allá de las nuevas luces, un horizonte que se funde en la bruma.

Contrastando con el estatismo más desolado de su libro de 1995, “El tiempo detenido”, los cubanos de “Tiempo de descuento” surcan los encuadres llenos de color y movimiento, si se quiere con más seguridad personal, pero uno no puede evitar pensar si realmente pueden decidir, o si saben, a dónde van.

Uno se pregunta si todo cambió para que todo siguiera igual. Puede que la mayoría de los cubanos de estas fotografías no quieran hablar de política, pero muchos siguen siendo arrastrados por una marea estancada que les impide ser dueños de su destino. Los efectos de la globalización son más visibles ahora. Han heredado lo peores lastres del comunismo y del capitalismo a lo largo de más de un siglo de dictaduras de derecha e izquierda. La supervivencia diaria les limita el pensar o actuar a largo plazo. En sus rostros solo parecen habitar la inmediatez de necesidades básicas y placeres efímeros. No hay tiempo para una espiritualidad que trascienda la rutina. Cada uno está en lo suyo.

Las imágenes del 95 mostraban desolación, pero también incertidumbre, duda. Estas caras aún estaban tratando de entender lo que estaba pasando y por ello despedían un poco más de identidad frente al desmoronamiento final de la promesa: ese mundo mejor que nunca se materializó.

Ya todo eso es historia. Ha llegado el color pero se ha esfumado el sueño.

La Habana, 2018

LA HABANA INVISIBLE

AGUSTÍ VILLARONGA

"Cuando se acabe La Habana, cuando la ciudad se disuelva en olvido, óxido y desmemoria, habrá que reconstruirla mediante lo invisible".

Esto lo escribía Norge Espinosa en el prólogo de *"Conga triste de La Habana"*, poemario de mi amigo Julián Martínez.

Pero si como él dice se vinieran abajo los últimos edificios y el mar se apoderara definitivamente del Malecón, quedarían los recuerdos de los vivos. También las emociones escritas en los libros. Y, como no, las fotografías. Con todo ello se podría reconstruir una Habana invisible convertida tal vez en un lugar idealizado y mítico.

Generalmente las imágenes sobre La Habana suelen ir teñidas de un componente que parece olvidarse de la humanidad de las personas y se convierte en una manifestación idealizada e incluso politizada como herencia del gran sueño que fue la Revolución.

Por otro lado, la visión sobre la sociedad se suele enfocar en un aspecto cercano a la miseria. Igual que se ennoblece la imagen de los edificios desvencijados y medio venidos abajo, también las personas son presentadas como si se hubieran venido abajo. Como si se sintiera un cierto placer en mostrar lo exótico de la pobreza.

Creo que la gran virtud del trabajo de Pedro Coll está en una observación limpia y neutra de sus gentes, en su día a día. Son personas vivas que visten, se mueven y se interrelacionan de una manera natural. Si se ha vivido un poco en La Habana, todo ese *"glamour"* de desastre y miseria, visto por el ojo frívolo del extranjero, se convierte en la normalidad de una ciudad, especial eso sí, pero viva, sin idealización ninguna.

Sus fotos panorámicas, llenas de vida y movimiento, parecen a veces hechas con una cámara oculta sin que nadie tenga la sensación de ser observado. Y cuando alguien mira al objetivo directamente parece mostrarse cómplice de esa cámara.

Pedro Coll es menorquín, yo mallorquín. Pertenecemos a la misma generación. Ama a Cuba, como yo. Y vivió en una isla en condiciones aún muy próximas a la desventura de una posguerra. Es por eso que creo entenderle en su modo de observar La Habana. Sin tremendismos, porque su infancia, nuestra infancia, no está tan lejos del bullir actual de los cubanos y por eso su mirada no busca el exotismo. La gente se traslada en *"autobuses-camello"* o en *"almendrones"*, va al barbero, trabajan de mecánicos o en lo que sea. Todo ello de un modo normal. Y, por su herencia de niño, sin intentar dar un mensaje manipulado, levanta testimonio de lo que tiene ante sus ojos.

Me aventuraría a suponer que, lejos de la globalización que vivimos en Europa, en la que hemos perdido tantas cosas, Pedro tiñe de añoranza su mirada, con agradecimiento y respeto.

Palma, isla de Mallorca, 2018

La Habana es un espacio único, surreal, una burbuja dentro del mundo en que vivimos. Conserva sensaciones que nosotros perdimos hace tiempo, adolece de vicios incómodos, difíciles de entender. La Habana no es fácil, como dicen ellos, te exaspera casi tanto como la amas, y te falta cuando estás lejos. La Habana es un misterio.

LA HABANA. TIEMPO DE DESCUENTO

COLOR
Fototografías realizadas entre diciembre de 2014 y agosto de 2015
BLANCO Y NEGRO
Fototografías realizadas en 1995

Granma
Cuba y Estados Unidos,
en comienzos de un
nuevo capítulo

es lunes,

salgo a la calle, paseo sin rumbo,
busco lo que no existe,
que a veces encuentro.

observo, miro, selecciono,
disparo,
siempre con discreción,
la ciudad me abraza,
su abrazo es húmedo, me envuelve,
camino, intuyo, huelo, elijo,
disparo,
instinto depredador en esencia,
disparo,
pienso,
al final del día, de regreso al hotel,
acaricio la piel fría de la cámara,
imagino el contenido de su vientre,
hurtado y latente,
a solas
rebusco entre sus entrañas,
donde cientos de imágenes se agitan,
saltan, gritan, insinúan, exigen,
ya de madrugada,
ante la pantalla de mi lap-top,
la ciudad me abraza,
ante mí van surgiendo
las historias que antes no existían,
en mi cerebro febril
emoción y ansia negocian, corrigen, resuelven,
deciden,
me siento un mero transmisor, un médium,
acaricio las teclas frías del teclado,
pienso,
me apropio del producto surgido de la confusión,
dudo,
apago la luz y duermo.

es martes,

la ciudad sigue ahí, esperándome de nuevo,
trepidante, irreverente, bulliciosa, iconoclasta, provocadora,
sensual,
salgo a la calle, piso la acera,
reconozco el abrazo húmedo,
pienso,
camino, intuyo, huelo, selecciono,
disparo...

es miércoles,

EBIDAS
PRIMER
MONTECRISTO

Mayo, 1995

~SE VENDE~
JUEGO DE COMEDOR
Y APARADOR CON ESPEJO
207

arte experto Globos
FACUNDO DOMINGO F. SARMIENTO
EL PERONISMO
PROSAS Juan Montalvo
CASA DE LAS AMÉRICAS
Reconocimiento
MÉXICO La revolución interrumpida
ADOLFO GILLY
Beatriz Torres Rodríguez
HABLEMOS DE SEXUALIDAD
QUIMICA PARA INGENIEROS

NIVERSIDAD
DE LA HABAN

ORLA ndo
GENTE

Febrero, 1995

¡VIVA CUBA LIBR

Abril, 1995

FRANCE
5

POLINESIO
RESTAURANT
BAR

Hayabe

Mayo, 1995

Mayo, 1995

Febrero, 1995

POLICIA
207

TAXI

rizontes Saint Jhon's
orizontes Vedado
ZONA
CARGA
TAXI
TRANSTUR

L.460

Abril, 1995

Febrero, 1995

CUBA
P 139 510
P 150 203

DODGE

infanta
cafeteria
CU

Mayo, 1995

Febrero, 1995

CUBA

Pioneer

EL
DAIYAWO
LUIS
P 067 106

SURF
DEMO
RIDE
THE GREAT
WAVES 48
BASEBALL
26

208

Febrero, 1995

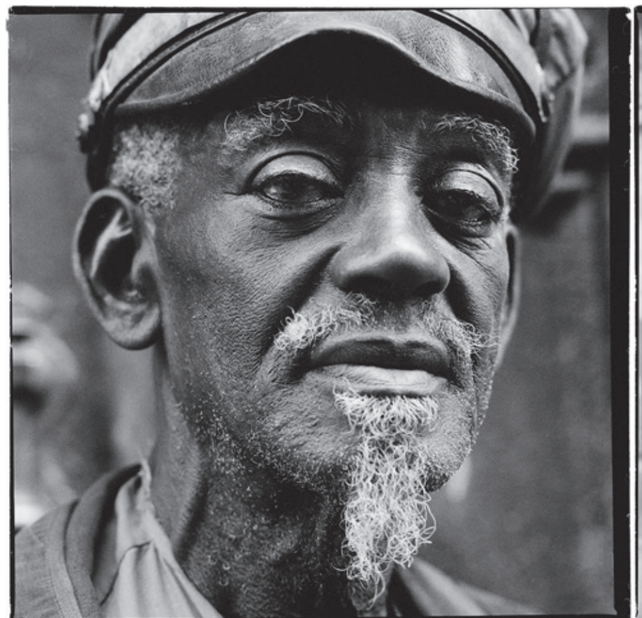
693
EAST
AVENUE
NY CITY

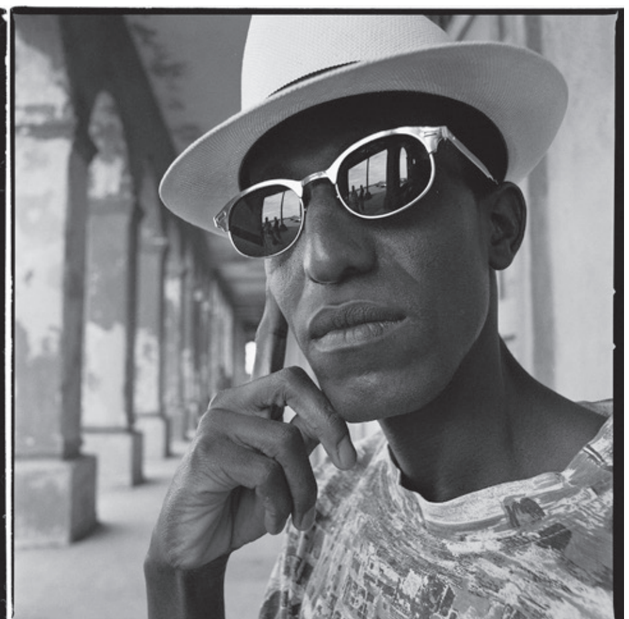
54 Años de
Revolución
CHEVROLET

LAS IDEAS
VALEN MÁS QUE LAS ARMAS
FIDEL

Abril 1995

Febrero, 1995



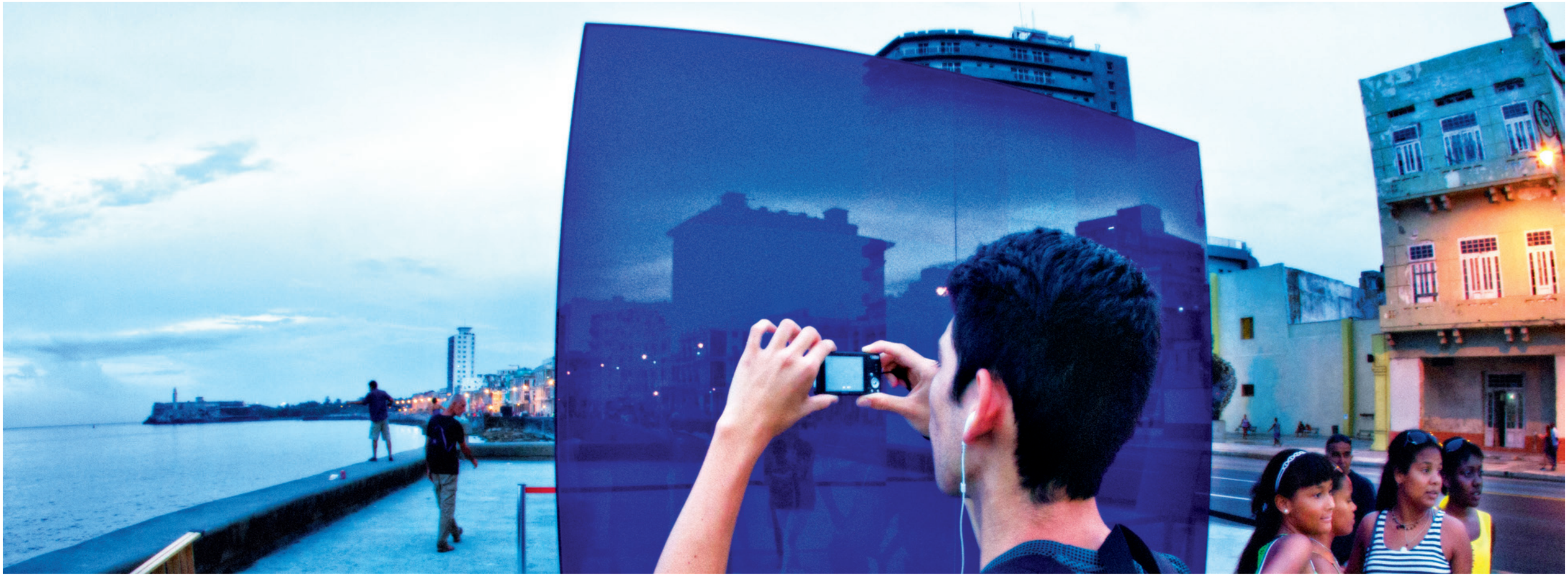


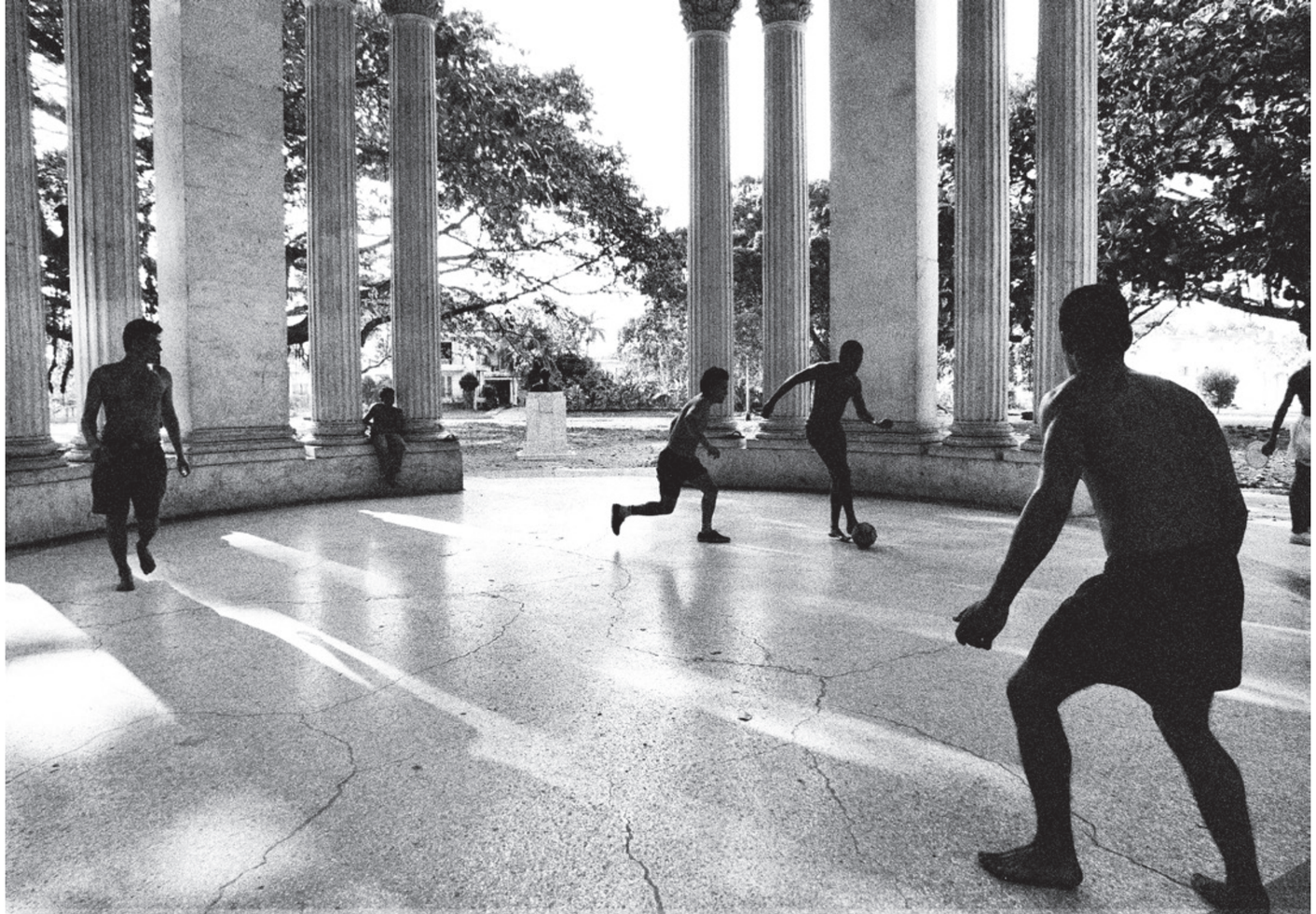
Abril, 1995

BES

GSL DENIM
GSL DENIM
GSL DENIM
GSL DENIM
USPA

AGG
SPORT
PANTERA



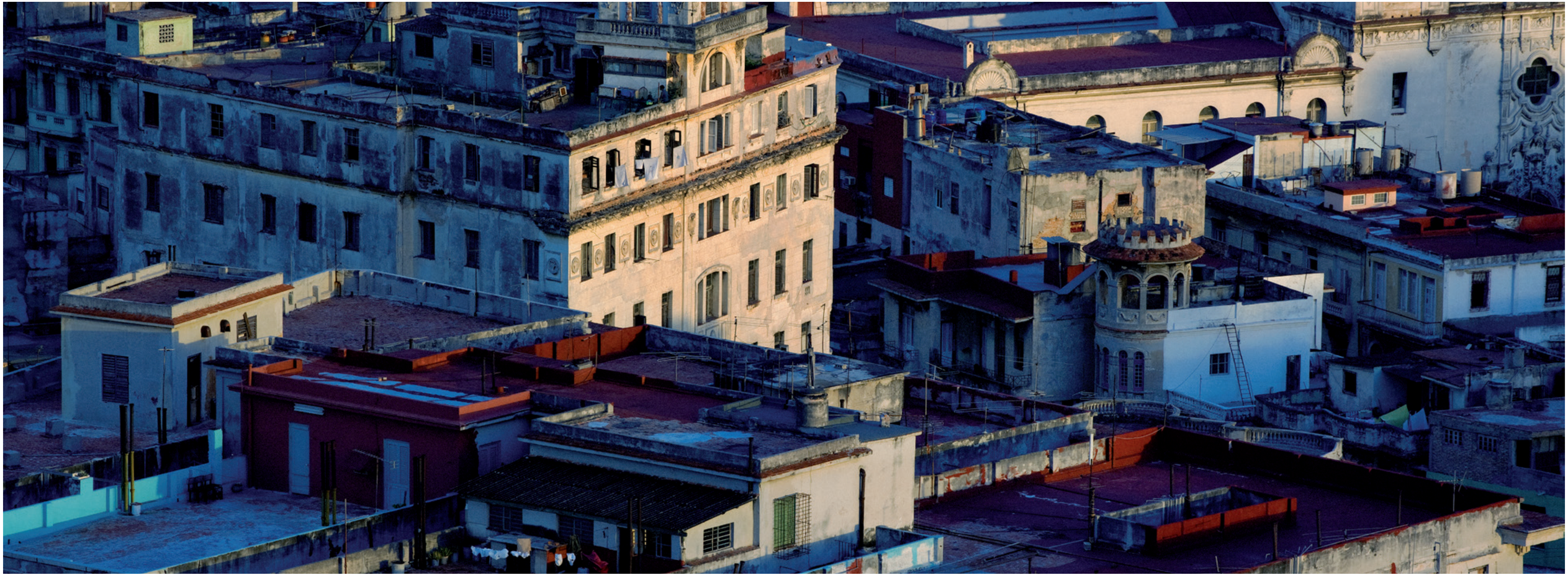


Mayo, 1995

LA MARIHUANA
PRODU
AMNESIA
Y OTRAS COSAS
QUE AHORA
NO RECUERDO

Mayo, 1995

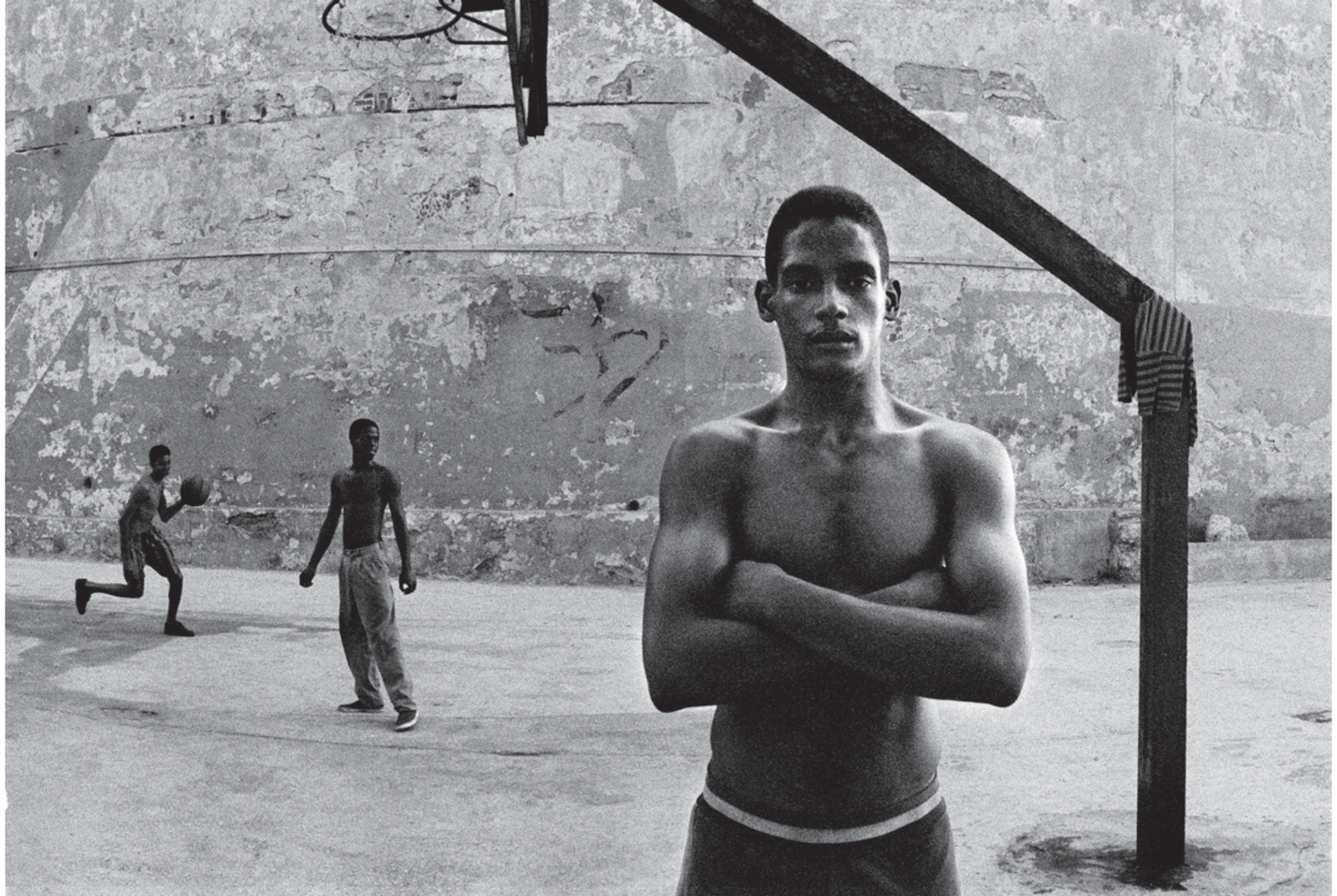
Recorrido del Yate Granma
TUXPAN
25-11-56
01:30 hrs
FARO
TRIANGULO
26-11-56
CAYO ARENAS
27-11-56
26-11-56
17:00 hrs
29-11-56
17:00 hrs
ISLA DE
GRAN CAIMÁN
30-11-56
PLAYA LAS
COLORADAS



NEW YORK

Mayo, 1995

Febrero, 1995



Abril, 1995

Experimentad, para no dejéis de tener en cuenta que para experimentar hace falta perspicacia, cierta
identidad. Vivimos en un mundo en el que no sólo los personas, sino también los poderes establecidos,
tienen interés en comunicarnos tristezas. Los afectos tristes son todos aquellos que disminuyen nuestra
potencia de obrar. Y los poderes necesitan de ellos para convertirnos en esclavos. El tirano, el cura, el
hablar de ciencia, necesitan persuadirnos de que la vida es dura y pesada. Los poderes tienen más
necesidad de engañarnos que de reprimirnos, para poder maniobrar con nuestros pequeños terrores y
frustraciones internas.
Por no ir más lejos: avanzar más allá del miedo, organizar encuentros, aumentar la capacidad de
entusiasmo, afectarnos de alegría, multiplicar los afectos que desarrollan un máximo de afirmación, entrar
en un individuo más amplio. Enseñar al alma a vivir su vida, no a salvarla... Justo lo contrario de una
moral de salud.
Experime
live in a
sadness.
their slave
powers ha
internal ter
It's not easy
capacity, be
broader indiv
CRISTAL

CONVERSE

-¿Quién se esconde en el
-El Guije-del río.
-¿Quién se esconde en la
-El Guije-sin-Diente.
El Guije de frente
El Guije al revés
El Guije de escolda
El Guije otra vez.
-¿Quién camina de este l
-El Guije-Callado
-¿Quién camina de este
-El Guije-Ribaroto.
El Guije lo bailó,
El Guije volá,
El Guije se ha roto,
¡el Guije soy yo!

TURAL PAYRET

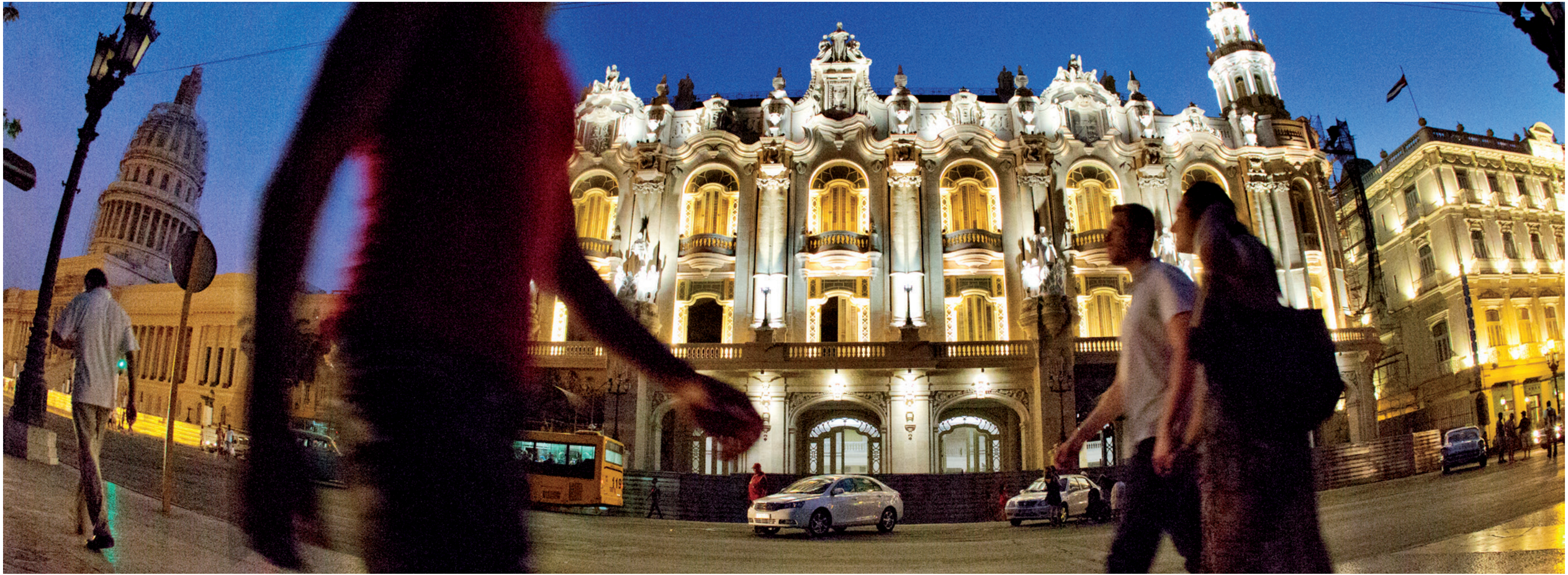
Mayo, 1995

Mayo, 1995

PANESTOKES
Hamburguesa $ 25.00 mn
Sandwich de Jamón y Queso $ 30.00 mn
Pan "El Toke" (con Ropa Vieja) 30.00 mn
TABLES
TABLE 1
Bistec - Chicharrita
Arroz - Ensalada - Viand
TABLE 2
35.00 mn
Chuleta de Cerdo
Arroz - Ensalada - Vianda
TABLE 3
$ 35.00
Ropa Vieja de Cerdo - Chicharrita
Arroz - Ensalada - Vianda
TABLE 4
Bistec a la Monta - Chicharrita
Arroz - Ensalada Vianda
JUGO REFRESCO BATIDO
Jugos Naturales $ 5.00 mn
Refrescos Nacionales de lata $ 20.00 mn
OFERTA DEL DÍA

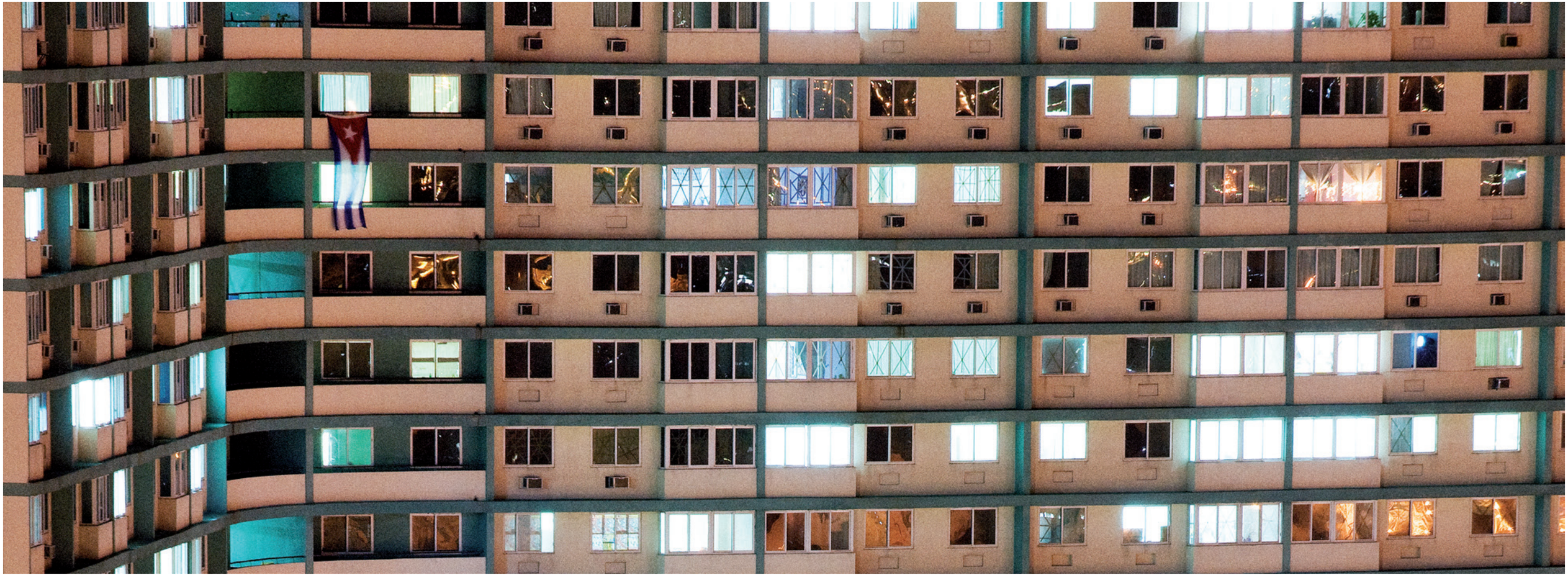
ZONA DE
PIQUERA
Habanos-Carteles-Tabas
OTEL COLINA
Cafeteria
Portal Colina

BODEGUITA
CHARLY
AMORELA
AMY

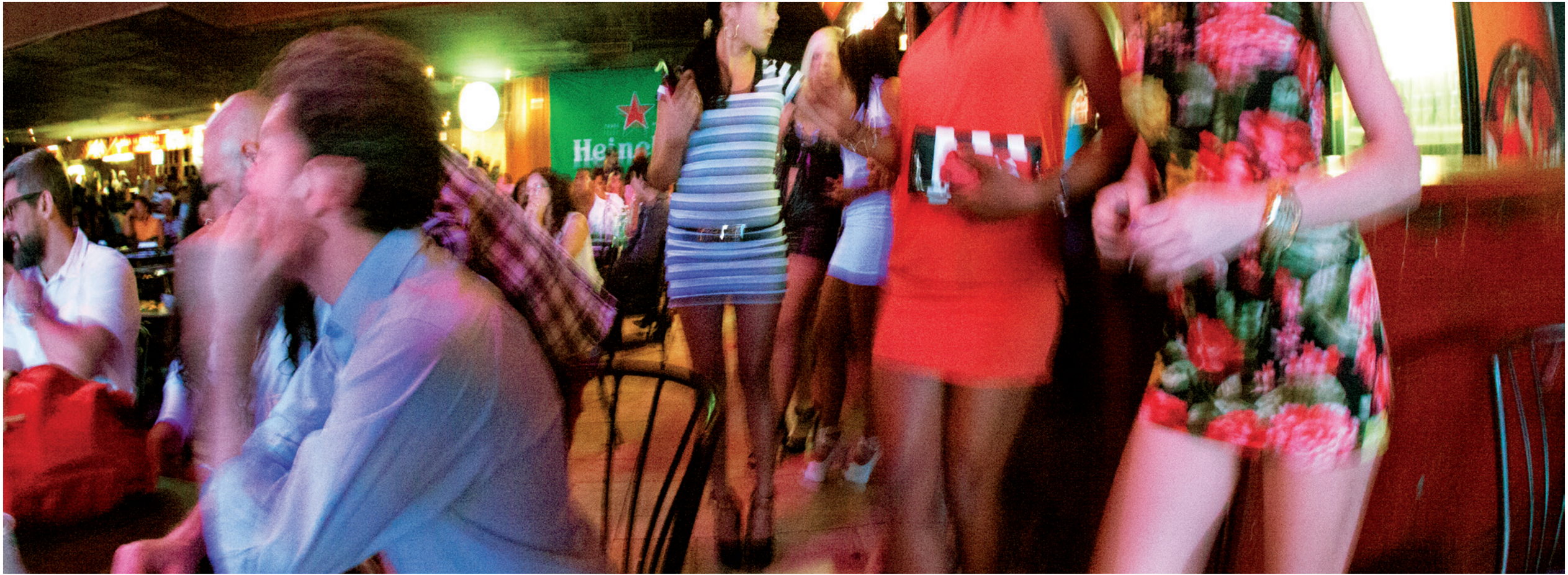


TAXI

Febrero, 1995



CINE LA RAMPA
CINE LA RAMPA
23
GRUTA
MATINÉ



POLICE

LET IT BE
SINTESIS

Mayo, 1995

LA TOMA DE LA GRAN CIUDAD BLANCA

MARIO COYULA

La Habana fue la ciudad más española entre todas las ciudades de colonias hispanas en el continente, emancipadas ocho décadas antes. La población indígena en Cuba era subdesarrollada y escasa y fue exterminada y asimilada muy rápidamente, dejando pocas huellas en la cultura material cubana, excepto la típica choza de palma, el bohío, y algunas comidas elementales que han tenido el raro privilegio de pasar de pobres a lujosas. En cambio, hacia 1817 la población de color superaba en cuarenta mil a la blanca y veinte años después se alcanzó el pico con la importación de esclavos traídos del África Occidental y Angola. El aporte cultural africano fue muy importante para el patrimonio intangible, especialmente los cultos religiosos sincréticos, música y danza; pero poco influyó en las estructuras territoriales y la imagen urbana, que estuvo dominada por códigos y valores europeos, ya mestizados en épocas tempranas con vestigios mudéjares. Entre fines del siglo XVIII y principios del XIX llegaron a Cuba cerca de treinta mil colonos franceses huyendo de Haití y de la Luisiana. Esa inmigración trajo adelantos en la producción de azúcar y café, y además dejó una huella importante en la cultura y las costumbres, sobre todo en el extremo oriental del país.

Por otra parte, ya desde mediados del siglo XIX comenzó a sentirse con fuerza la influencia estadounidense, combinada con el despertar del sentido de nacionalidad en una burguesía naciente y un patriciado criollo rico, ilustrado y emprendedor. Ellos comparaban favorablemente a la joven república del norte con la ancestral opresión de la metrópoli europea sobre una colonia para la que, ya en esa época, era su principal fuente de ingresos. Ese sentimiento de *'cubanía'* se construyó pasando distintas etapas: anexionismo, reformismo, autonomismo y finalmente independentismo. Todas estas influencias reforzaron el carácter blanco de la ciudad. La cultura de los esclavos africanos, sobre los que se apoyó la boyante economía de plantación en el XIX cubano, fue incomprendida y reprimida por mucho tiempo.

Los negros y pardos libertos, en gran parte dedicados a oficios, habían ido poblando algunos barrios habaneros pobres de extramuros. Mayoritariamente habitaban en solares o ciudadelas, con tiras dobles o sencillas de locales a lo largo de un patio largo, estrecho y profundo, donde en cada habitación se hacinaba una familia completa. Otra forma de infravivienda, también muy asociada a raza, fue la *'cuartería'*, antiguas mansiones devenidas tugurios, subdivididas horizontal y verticalmente con las ubicuas *'barbacoas'*, entrepisos improvisados para aprovechar los altos puntales originales. Tampoco desarrolló tipos propios de vivienda la inmigración china, fundamentalmente cantonesa, que sustituyó a los esclavos africanos. Esa comunidad se agrupó en un barrio de la ciudad central pero insertada en edificaciones que seguían modestamente los códigos del neoclasicismo y el eclecticismo europeos.

A pesar de la fuerte participación de negros y mestizos en el Ejército Libertador durante las guerras independentistas del último tercio del XIX, la oficialidad era predominantemente blanca, y varios de los principales jefes negros murieron en combate. Durante el primer cuarto del siglo XX entraron a Cuba más inmigrantes españoles que en todos los cuatro siglos anteriores de dominio colonial, y en mucha menor medida empezaron a llegar judíos europeos, especialmente a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Con un siglo de retraso, parecía estarse cumpliendo la estrategia de blanqueamiento de la población de la Isla, recomendada por los ideólogos del patriciado terrateniente criollo ya desde fines del siglo XVIII para evitar el *'peligro negro'* tras las revueltas de Haití. La cruel represión del alzamiento del Partido Independientes de Color, en 1912, con más de tres mil muertos, muchos asesinados después de rendirse, fue un mensaje claro de la oligarquía blanca para los negros inconformes con su marginación.

Si La Habana colonial española fue blanca, también lo fue la republicana. Eso era evidente en la cultura y patrones de conducta que imponían la clase dominante, así como en el diseño urbano y el paisaje de la calle, la arquitectura, paseos y parques, comercios, cafés y teatros, y en las calles comerciales, verdaderos centros lineales que estructuraban el tejido urbano. Hacia 1920, Buenos Aires y La Habana eran las dos grandes ciudades de América Latina, pero La Habana ya había empezado a tomar un aspecto majestuoso en el último tercio del XVIII, reforzado con las reformas urbanísticas en la década de los 1830. Desde mediados del XIX un barrio completo, El Cerro, se pobló con espléndidas casas/quintas de arquitectura neoclásica donde el patriciado criollo escapó de la convivencia con estratos sociales inferiores, pero también del cólera que en 1833 mató a ocho mil habaneros en tres meses. Esas epidemias eran causadas por el hacinamiento que ya golpeaba a la antigua ciudad amurallada, situada al final del acueducto a cielo abierto levantado en 1592, el primero hecho por europeos en América. El apogeo de este barrio duró poco, y ya en el último cuarto de ese mismo siglo la construcción de nuevas villas palaciegas se detuvo.

El Vedado fue una urbanización de vanguardia, la mejor y mayor pieza del urbanismo español colonial en Cuba, con calles anchas y rectas que por primera vez estuvieron bordeadas con árboles, viviendas retranqueadas tras una franja de jardín y portal frontal, y también separadas entre sí, teniendo además la ventaja de la cercanía al mar y sus frescas brisas. El inicio de esta urbanización a partir de 1859 con el barrio de El Carmelo contribuyó a la decadencia de El Cerro, si bien las guerras de Independencia paralizaron la construcción de viviendas.

Comenzando el siglo XX se produjo un impresionante enriquecimiento de la zona, provocado por el asentamiento en ella de oficiales veteranos del Ejército Libertador, que aprovecharon la paga recibida al licenciarse, multiplicado por los altos precios del azúcar a raíz de la Primera Guerra Mundial. Fue un período de vacas gordas.

A pesar de su imagen elegante, El Vedado era un barrio socialmente mezclado casi desde sus propios inicios. Allí convivían las grandes familias del antiguo patriciado, asociadas por matrimonio con burgueses adinerados, inmigrantes y políticos enriquecidos, profesionales, empleados públicos, obreros y hasta marginales. Excepto estos dos últimos grupos, se trataba de población blanca, con las fronteras siempre dudosas en esta parte del mundo entre el blanco/blanco y el mestizo claro *'de pelo bueno'*… Los pobres, generalmente no-blancos, servían en las casas de los ricos o habitaban en ciudadelas enmascaradas tras fachadas con órdenes clásicos. Pero la imagen que proyectaban hacia la calle las ornamentadas fachadas principales, con su portal y jardín frontales, cerca baja transparente y locales de servicio al fondo, estaba dictada por la clase alta, al igual que las pautas de uso de los espacios públicos, acatadas por todos.

Eso no obedecía solo a la voluntad de imponer los valores de la cultura blanca oficial, clasista y racista, sino al interés personal de los dueños de las propiedades, interesados en que no se devaluaran.

A partir de 1930, tras el derrocamiento del dictador Machado, esa oligarquía criolla blanca perdería el poder político directo, que pasó a manos de políticos populistas tan corruptos como los anteriores, y los modelos culturales influyentes cambiaron de París a Nueva York. Sin embargo, la gran masa construida de La Habana no fue determinada por la alta burguesía sino por una extensísima clase media baja que reclamaba una vivienda decorosa, aun cuando debiera pagar por ella en alquiler la mitad de su ingreso mensual. Esa clase incluía a decenas de miles de pequeños comerciantes ubicados en casi todas las esquinas de la cuadrícula y en tiras continuas de tiendas a lo largo de las calzadas porticadas. Ellos habitaban en barrios completos con versiones comprimidas de las viviendas de la clase alta, orgullosos de hacer evidente su condición de no-proletarios, y también de blancos. Esta última condición operaba aún en la servidumbre, como se evidenciaba en anuncios clasificados donde se ofrecía *'cocinera española'*, para dejar claro que era blanca.

Con las primeras medidas revolucionarias de 1959/61 se produjo un éxodo masivo de la clase alta y gran parte de los sectores medios urbanos, prácticamente blancos en su totalidad. Las propiedades abandonadas por sus dueños fueron tomadas por el Estado y usadas como oficinas, viviendas, escuelas y dormitorios de estudiantes provenientes de zonas rurales apartadas. Barrios elegantes completos del oeste como Miramar, Country Club (con su nombre cambiado a Cubanacán), Biltmore (Siboney), o Nuevo Biltmore (Atabey) se llenaron con filas de niños escolares uniformados marchando, con piel más oscura que los inquilinos anteriores, atendidos por tías todavía más oscuras. Muchas de ellas terminaron por quedarse a vivir clandestinamente en las casas que inicialmente fueron tomadas como dormitorios o escuelas, las cuales se habían ido vaciando de escolares en la medida en que se fueron construyendo instalaciones ad hoc.

Eso dio lugar a un curioso patrón, con mansiones vacías o ya ocupadas por personas o firmas extranjeras, conviviendo con inquilinos clandestinos que generalmente habitaban los antiguos locales de garaje y servidumbre, al fondo. Una vista superior mostraría una curiosa concentración, en forma de mancha formada por adiciones densas en el centro de la manzana, donde los fondos de parcelas se tocan, mientras hacia el exterior se mantenía precariamente la imagen anterior burguesa. Esa mancha, si tuviera color, sería más oscura. Otras viviendas menores y apartamentos fueron entregados a familias necesitadas, lo que favoreció una mayor mezcla social; sobre todo cuando la Ley General de la Vivienda permitió a los inquilinos hacerse dueños de la vivienda que ocupaban a través del pago mensual del alquiler, rebajado desde 1960 a la mitad.

Cerca del 87% de los núcleos familiares en La Habana son ya propietarios de sus viviendas, pero sin tener los medios para mantenerlas. La prohibición de vender o comprar viviendas trajo paradójicamente como consecuencia que la población quedase anclada al lugar donde vivía o vivían sus padres al momento de promulgarse la Ley. Aquellos afortunados con buena vivienda y en un buen barrio se hicieron propietarios de un bien codiciable, pero no vendible; mientras que los que tuvieron la mala suerte de habitar en ese momento viviendas infra/estándar permanecieron atados a ellas, aunque en los casos de peor calidad quedaron exentos de pagar alquiler. Como la vivienda había estado asociada a raza, eso tendió a mantener a negros y mestizos en los barrios y viviendas más pobres.

Aprovechando la posibilidad de hacer permutas y sorteando infinitas restricciones, algunas personas con mayores ingresos han podido

moverse hacia antiguos barrios elegantes, generalmente ofreciendo dinero a la otra parte por debajo de la mesa. Ese fenómeno, incrementado tras la crisis económica de los años 90 que siguió al derrumbe del Socialismo Real y que recibió el críptico nombre de *'Período Especial'*, podría reforzar las desigualdades territoriales que ya existían entre la franja norte costera de la ciudad, tradicionalmente más rica -por donde ahora se mueven los visitantes y tras ellos la moneda *'dura'*- con La Habana del Sur, la del cubano de a pie. Los antiguos barrios elegantes son más accesibles y atractivos para los extranjeros que buscan alquilar habitaciones. Como consecuencia, esas viviendas han mejorado ostensiblemente su calificación visual por la acción directa de sus dueños, que cuidan la imagen de su negocio. En algunos casos, ese cambio empieza a irradiar hacia los vecinos.

Una de las principales fuentes de ingreso en el país ha sido y son *'las remesas'* enviadas por cubanos que emigraron, principalmente a los Estados Unidos, a sus familiares que quedaron atrás. Esos emigrantes eran en su gran mayoría blancos, y por lo tanto sus parientes que reciben ayuda en la Isla son también blancos. Sin embargo, una parte de ese dinero se redistribuye pagando trabajos y servicios por cuenta propia, y de esa manera alcanzan a trabajadores manuales de distintos oficios, a menudo con piel más oscura. Esa redistribución incluye una red extendida de suministros clandestinos a través del mercado negro.

Ya desde los años 90 la población de la ciudad de La Habana empezó a decrecer, y también a envejecer. En eso influye la emigración hacia el extranjero, mayor en la capital y mayoritariamente blanca, la baja natalidad causada por las dificultades materiales para criar hijos, especialmente la alimentación, y la falta de viviendas y el alargamiento de la esperanza de vida. Durante varias décadas después del triunfo de la Revolución el saldo migratorio interno hacia la capital se mantuvo numéricamente bajo, pero después creció significativamente por las severas carencias del *'Período Especial'*. En realidad, el problema de la migración hacia la capital había sido hasta entonces más cualitativo que cuantitativo. En 1997 se reguló el acceso a La Habana. Paradójicamente, de esa manera se disuade a los mejores, con lo que se consigue empeorar la composición social de los que siguen llegando. Muchos de esos inmigrantes son de la zona oriental de Cuba, históricamente más pobre y más *'oscura'*, que reciben el nombre peyorativo de *'palestinos'*, acusados de agravar la situación de los habitantes de la capital. Esa discriminación interna se hace sentir de manera indirecta en una preocupante violencia entre los partidarios de los equipos de béisbol de la capital y la ciudad de Santiago de Cuba.

Aunque muy difícil de calcular, el monto de las remesas enviadas desde el extranjero por personas que fueron públicamente repudiadas al momento de irse del país supera a las ganancias de la zafra azucarera, que siempre había sido la base de la economía nacional. Los primeros cubanos que emigraron después del triunfo de la Revolución, poniendo a un lado a los directamente asociados a la dictadura batistiana recién depuesta, eran personas con educación, habilidades para los negocios y gustos refinados. Pero las sucesivas oleadas a partir del éxodo del Mariel en 1980, y los balseros en 1994, incluían a otros con diferentes patrones culturales y sin referencias a una calidad de vida superior.

Ellos reelaboraron, desde su segundo desarraigo en el extranjero, unos valores distorsionados que han brotado espontáneamente después de la defoliación radical que significó la Revolución, y que alteró los modelos de éxito, hábitos, modas, lenguaje y costumbres que cada antiguo sector social habitualmente intentaba copiar del estrato inmediato superior, en su búsqueda por escalar la pirámide social. La crisis de valores es una preocupación recurrente en autoridades e intelectuales, pero el primer problema está en cómo darles valor a los valores, es decir, cómo pueden influir en una movilidad social ascendente. Para ello, deberán traer algún beneficio directo y visible a quienes los practican. Esto se complica con la conformación de un nuevo modelo perverso de éxito, individualista, amoral y ramplón.

En el último medio siglo la forma de hablar ha cambiado mucho. Las particularidades de esta nueva habla han llegado a un nivel casi caricaturesco, ya no limitado a confundir la *'v'* con la *'b'*, o simplemente prescindiendo de la *'s'* final, o doblando las consonantes a expensas de otra vecina. Pero más llamativa es la epidemia de nombres inventados -una pesadilla para notarios y escribanos- que han sustituido a los del santoral católico español. Curiosamente, esos nuevos nombres abusan de la letra *'y'* -Misleidys, Yusimí, Viocyshandry- mostrando así un gusto por lo exótico que puede reflejar escapismo o la necesidad percibida de individualizarse y separarse de la masa anónima. La dicción mutilada había estado casi siempre asociada a la raza negra, antes sojuzgada, pero ahora se ha vuelto común, sobre todo en la juventud, incluyendo también algunos términos de la jerga de los delincuentes y el uso desprejuiciado de palabras obscenas. Todo esto ha sido probablemente resultado de la integración y la masividad en las escuelas, incluyendo a los maestros, muchas veces poco preparados, y también a la influencia de un realismo populista en las influyentes telenovelas.

Entre 1993 y 1994 la crisis obligó a un grupo de reformas y aperturas económicas, como la legalización de la tenencia del dólar por ciudadanos cubanos, la apertura al turismo y a las inversiones extranjeras, la entrega de 2.6 millones de hectáreas de tierras estatales a cooperativas de producción agropecuaria para garantizar la alimentación de la población, una ampliación del trabajo por cuenta propia, la experimentación con tecnologías blandas de bajo impacto ecológico, mayor descentralización y una participación más activa de la población. Sin embargo, esas medidas se vieron como necesidades impuestas por una emergencia, aceptadas con disgusto, sin entender su racionalidad. Curiosamente, desde fines de la década de los 90 comenzó a extenderse una percepción oficial de que la macroeconomía estaba mejorando, con una consecuente tendencia a volver a una mayor centralización estatal e incluso a regresar a tipos y modelos cuya inviabilidad urbanística, económica, ecológica y social parecía haber quedado demostrada.

La Habana oficial pre/revolucionaria -urbana, cosmopolita, blanca y pequeñoburguesa- ha sufrido una readecuación espontánea que responde a los intereses de nuevos actores en nuevos escenarios. Durante un tiempo los cambios fueron en el interior de las edificaciones, limitados a nuevos usos del antiguo cascarón, pero después comenzaron a eclosionar. Esos cambios en la imagen y funcionamiento de la ciudad se han hecho aún más visibles con la crisis económica y un paralelo relajamiento suicida en el control urbanístico, con distorsiones generalizadas, visibles y permanentes. Eso refleja una creciente indisciplina social que ha tomado la calle por asalto. A esto se añade el déficit acumulado y malas condiciones de la vivienda, agravado por el hacinamiento y la pérdida de centralidad en la ciudad compacta tradicional, mientras las inversiones inmobiliarias, para el turismo y el comercio en moneda *'dura'* se han concentrado en la franja costera del oeste, ya privilegiada desde los años veinte, con una preocupante dependencia creciente al automóvil. El transporte público ha pasado de 2.200 ómnibus en 1989 a unos 400 funcionando en 2007, con una muy ligera reanimación en 2008, cuya manifestación más visible es la desaparición de esos monstruosos almacenes de pasajeros, los *'camellos'*. Ese déficit agrava las diferencias entre los ciudadanos que viajan en auto y los que no. La desigualdad se refuerza con la existencia de dos monedas, la nacional, con la que se pagan los salarios, y la convertible, 26 veces más valiosa, con la que se cobran muchos bienes y servicios, excepto salud y educación, que son gratuitas. Ambas fueron por mucho tiempo consideradas los dos grandes logros del gobierno revolucionario, pero la crisis finalmente ha llegado a dañarlas gravemente.

Paralelamente, los *'macetas'*, esos pobres/nuevos/ricos con acceso a moneda *'dura'* por medios muchas veces ilícitos, han empezado a imponer sus propios gustos y pautas de vida que ya se proyectan hacia la vía pública, posiblemente triangulados desde Hialeah, en un viaje de ida y vuelta La Habana/Miami/La Habana. Ello ha producido hibridaciones y mutaciones que repercuten sobre el medio construido, apartándose cada vez más de la imagen coherente de la ciudad tradicional que había impuesto la anterior clase dominante y su cultura oficial blanca, con una fuerte influencia primero europea y luego estadounidense. En realidad, ese fenómeno había empezado antes, con la migración proveniente de zonas rurales y ciudades y pueblos del interior, que vinieron a la capital buscando oportunidades para una vida mejor. Su antecedente fue probablemente la Reconcentración Forzosa en 1896 de campesinos en las ciudades, ordenada por el Gobernador español Weyler para privar de apoyo a los patriotas cubanos que luchaban por la independencia, y que costó cerca de doscientas mil muertes en un país de un millón de habitantes. Esa cruel medida también dio origen a barrios completos de casuchas improvisadas en la periferia urbana y zonas intersticiales, precursores de los llamados barrios insalubres, y que en otros países se conocen por callampas, favelas, shantytwons, bidonvilles y villas miserias, o por el eufemismo de *'pueblos jóvenes'*.

La política del gobierno revolucionario de urbanizar el campo dirigió por mucho tiempo las inversiones estatales a mejorar las condiciones de vida en las zonas rurales y las ciudades del interior del país. Más de 600 nuevos pueblos rurales fueron construidos desde 1959, buscando estabilizar la fuerza de trabajo agrícola, pero eso no se consiguió en la medida deseada. La migración desde las zonas rurales se desvió hacia las ciudades más cercanas, que doblaron su población mientras triplicaban su área. En cambio, se fue produciendo una ruralización espontánea de la capital, con la proliferación de casetas de tablas, lata y desechos, ranchones de guano que ya habían sido prohibidos en varias ocasiones por el gobierno colonial, siembras de plátanos y cría de animales de corral, sopones campesinos cocinados con leña en los parterres de La Habana, donde muchos árboles han sido talados porque recuerdan demasiado el medio rural de donde un día escaparon sus asesinos, carretones tirados por caballos para compensar el déficit de ómnibus, o tractores circulando por calles deterioradas que cada vez se acercan más a la tierra original.

'Macetas' y ex/campesinos, marcados en mayor o menor grado por el desarraigo y con modelos de éxito elementales, muy diferentes a los de los antiguos sectores blancos dominantes en la capital, se combinaron con una marginalidad urbana que había persistido dentro de los bolsillos de pobreza en los tugurios de la ciudad central y en los barrios de viviendas precarias autoconstruidas en la periferia. Esa población excluida era siempre más oscura. La cultura de los sectores antes dominados -obreros, campesinos, negros- fue reivindicada por el gobierno revolucionario por razones de justicia social fácilmente comprensibles. Pero, como a menudo sucede cuando se quiere corregir una injusticia, el peso de esos sectores dentro de la vida social acabó siendo exagerado.

Curiosamente, en años recientes se observa un florecimiento de grupos de danza española, lo que parece relacionarse con la búsqueda del antepasado ibérico para obtener esa ciudadanía. Ese pasaporte facilita viajar al extranjero y recibir una pensión en euros del gobierno español. Se ha señalado una tendencia a emplear preferentemente personas blancas en las actividades de administración y servicios relacionadas con extranjeros, muy buscadas por el acceso a propinas y otras ventajas. También hay un decrecimiento ostensible en la cantidad de negros que acceden a la educación superior en algunas carreras, lo que puede deberse al poco aliciente económico para el desempeño profesional en esas esferas, unido a las malas condiciones de vivienda, que influyen en la posibilidad de estudiar en casa. Eso es menos crítico para los jóvenes provenientes de un medio familiar con más recursos, generalmente con más alto nivel educacional, y también más blancos, que pueden darse el lujo de esperar tiempos mejores mientras son mantenidos por su familia, o se preparan para emigrar con un título universitario bajo el brazo.

Los gustos y pautas de vida de los pobres/nuevos/ricos se proyectan hacia la vía pública, apartándose cada vez más de la imagen occidentalizada de la ciudad blanca tradicional. Altas tapias, nunca antes usadas en Cuba, con entradas ridículamente coronadas por tejas criollas y alardosos portones de madera de cedro barnizado, se han convertido en un símbolo de status para gente que se debate entre ostentar su patética riqueza o esconderla, para evitar investigaciones sobre su origen. Estas formas primitivas y poco cívicas responden a una cultura de la supervivencia, la del sálvese quien pueda, que se mezcla con la cultura del *'aguaje'*, o sea hacer ruido sin estar haciendo nada, como los jugadores de dominó cuando *'dan agua'* (revuelven las fichas). Existe el peligro de que se desarrolle una ciudad dual: de un lado La Habana Costera -accesible, cosmopolita y blanca- para los extranjeros residentes y turistas, funcionarios, corporaciones y empresas mixtas, con su *atrezzo* acompañante de plantas generadoras eléctricas de emergencia, shopping centers, teléfonos celulares y autos japoneses, desvinculada de La Habana Profunda, descapitalizada, tugurizada, amorfa -la ciudad del cubano de a pie- siempre más *'oscura'*. Eso afectaría a la mezcla vital de coherencia y diversidad que siempre ha caracterizado a la capital.

Los resultados del último censo de población, liberados después de una larga espera, parecen indicar un cambio en la composición racial de la población, con un decrecimiento del porciento de blancos y de negros, y un crecimiento de los mestizos. Pero alcanzar un color de piel ocre claro uniforme en toda la población no es una garantía de igualdad. El mestizaje racial, social, económico, cultural -que aparentemente ayuda a resolver los problemas de la discriminación y la desigualdad, aumenta la vitalidad y abre nuevas oportunidades- afecta sin embargo a la especificidad cultural de grupos humanos o territorios, haciéndolos cada vez más homogéneos, como sucede con la globalización. Por otra parte, el folklore puro es raras veces atractivo para los que no sean etnólogos. Igual sucede con las comidas exóticas, que cuando gustan es porque ya han sido suavizadas. Ese folklore, si es auténtico, refleja en gran medida superstición, atraso, pobreza, machismo y violencia. Y si no lo es, se convierte en una melcocha para turistas

En definitiva, si la mayor blancura de piel implica un más fácil acceso a mejores empleos y condiciones de vida, y con ello se valoran los patrones de conducta correspondientes, las uniones de parejas interétnicas –que con la Revolución habían aumentado-- tenderán a disminuir. A su vez, la tan buscada identidad nacional o local no es más que el resultado de mezclas e influencias exteriores diversas que han tenido tiempo suficiente para decantarse y ser digeridas hasta convertirse en algo nuevo y propio donde ya no se reconoce el origen de los componentes. La velocidad con que ahora entran las influencias en este mundo globalizado dificulta mucho ese proceso de decantación y asimilación. El problema no es fácil, porque la identidad y el sentido de pertenencia no pueden buscarse por la vía del aislamiento, el dogmatismo y la xenofobia.

Identificar como un recurso aquello que convencionalmente se consideraba como un problema, la descentralización y participación efectiva de los residentes locales en las decisiones que les interesan, el potenciamiento de la economía local y familiar, el empleo del *'convoyaje'* en las nuevas inversiones, induciendo obras de visible interés social directo para su entorno inmediato, el uso de incentivos y desincentivos como el precio del suelo, el derecho de edificación, la exención de impuestos y las regulaciones urbanas sobre la intensidad de uso del suelo, la búsqueda de un modelo de

desarrollo mixto que mantenga el balance funcional y social, y el aprovechamiento del potencial de los espacios públicos como herramienta estructurante, identificadora, evaluadora del suelo urbano y niveladora de desigualdades, son algunas de las posibles vías que La Habana deberá encontrar para evitar una segregación y un anonimato que después serían más difíciles de corregir.

Muchas de esas vías ya han sido experimentadas con mayor o menor éxito en otros países para defenderse de las presiones especulativas del mercado, pero en el caso de Cuba todavía no hemos sido vacunados contra esos problemas, nuevos para nosotros. Eso nos hace más vulnerables. El desarrollo desenfrenado que afrontan algunas grandes ciudades asiáticas, copiando lo peor de Occidente, es un aviso ominoso, pero la solución no es cerrarse al mundo. Durante un tiempo los cubanos tendremos que coexistir con la vieja limitación de la falta de dinero, junto a la nueva amenaza de mucho dinero entrando demasiado rápido. Peor todavía es que esas agresiones pueden ser recibidas con una sonrisa por los incautos nativos nuevamente deslumbrados con espejitos, y tomarlas como una señal de desarrollo impuesta por otros nuevos conquistadores. Los cambios rápidos pueden traer daños irreversibles para la ciudad y para la sociedad, pero ningún cambio es igualmente malo. Por otra parte, siempre es mejor hacer a tiempo los cambios inevitables, antes de que se impongan por sí mismos. Todo ello demanda que la ciudad y sus habitantes sean capaces de pagarse a sí mismos.

Hacer que se haga es más importante que hacer.

La Habana, 2010.

Febrero, 1995

REFERENCIAS

PEDRO COLL

The Americans (1958), de Robert Frank y *New York* (1956) de William Klein, han sido mis referencias histórico/fotográficas en este proyecto. De Frank me ha inspirado su sigilo y discreción, su necesidad de pasar desapercibido, su respeto a la dignidad del fotografiado. Jack Kerouac, en el prólogo a la primera edición, le atribuye una frase que define su estrategia: *procuro no ser visto*. De Klein me quedo con su lenguaje agresivo, radicalmente novedoso en aquel momento, con esa aproximación provocadora que acababa arrancando reacciones de todo tipo. Klein no trabajaba desde el silencio, todo lo contrario, su método era la provocación. Ambos, coetáneos pero tan diferentes, buscando el mismo objetivo: atrapar y fijar un momento histórico, el de un gran país en proceso de importantes cambios, el de una ciudad única y extremadamente vital.

Y, en las dos historias, los principales personajes son los ciudadanos de la calle, el escenario es la calle. Si repasamos estos dos libros ahora, pasado ya medio siglo de su edición -en los dos casos no fue tarea fácil publicarlos- comprenderemos por qué críticos de arte y comentaristas de la época, al referirse a los dos trabajos coincidieron en un mismo concepto: antropología. Al margen de valores artísticos y creativos, *The Americans* y *New York* son valiosa y documentada antropología. En 'TIEMPO DE DESCUENTO', pretendiendo también atrapar y fijar un momento histórico, he utilizado un lenguaje plástico extremadamente coral y envolvente, obsesionado con la aproximación rabiosa de William Klein pero visualizando desde la discreción y el respeto de Robert Frank, siempre, cómo éste decía, *procurando no ser visto*.

Agustí Villaronga (Palma de Mallorca, 1953). Licenciado en Historia del Arte en sus inicios compagina la labor de profesor de Imagen, crítico cinematográfico y la dirección artística teatral. Además, trabaja como actor en diferentes producciones de cine y teatro. Tras dirigir varios cortos, estrena en 1987 su primer largometraje, *Tras el cristal*. Con *El niño de la luna* gana el premio Goya al guión original. En el año 2000, una de sus obras más personales, *El mar*, obtiene el galardón Manfred Salzberg del Festival de Berlín. Su filmografía se ha caracterizado, generalmente, por alejarse de los circuitos comerciales. En 2002 rueda, junto a Isaac P. Racine y Lydia Zimmermann, *Aro Tolbujhin. En la mente del asesino*, experimento audiovisual que mezcla estilos, géneros y formatos fílmicos. Con la película *Pa negre* (2010) obtiene un gran éxito al ganar nueve premios Goya. Premio Nacional de Cine, otorgado en 2010, Agustí Villaronga viene transitando por el oficio desde hace cuatro décadas. En 2015 dirige *El rey de La Habana*, adaptación de la novela homónima de Pedro Juan Gutiérrez. Su nuevo filme, *Incierta gloria* (2017), adapta el clásico de Joan Sales y cierra su trilogía, no premeditada, sobre la Guerra Civil Española.

Miguel Coyula (La Habana, 1977) es un director de cine cubano. Es graduado de la Especialidad de Dirección en la Escuela Internacional de Cine y Televisión (EICTV) de San Antonio de los Baños, Cuba. Es miembro de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas), la AHS (Asociación Hermanos Saíz) y del MNV (Movimiento Nacional de Video) Ha realizado varios cortometrajes y mediometrajes hasta su opera prima *Cucarachas rojas (2003)*. Su segundo largometraje *Memorias del Desarrollo* (2010), basado en la novela homónima de Edmundo Desnoes, se estrenó en el Festival de Sundance, la película ha obtenido numerosos premios internacionales y fue elegida por la Guía Internacional de Cine como la mejor película cubana del año 2010. Actualmente Coyula filma su tercer largometraje, *Corazón Azul*. En el 2013 La Pereza Ediciones publica su primera novela *Mar Rojo, Mal Azul*. En el 2015 realiza el cortometraje *Psique* y la serie web cubana *Rafael Alcides*, punto de partida para el largometraje documental *Nadie*, estrenado en el 2017 y premiado como mejor documental en el Festival de Cine Global Dominicano.

Mario Coyula Cowley (La Habana, 1935-2014). Arquitecto, diseñador urbano y autor. Profesor de Mérito, Premio Nacional de Arquitectura 2001 y de Habitat 2004. Fue el primer presidente de la Comisión de Monumentos, director de la Escuela (ahora Facultad) de Arquitectura, director de Arquitectura y Urbanismo y del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, todo en la ciudad de La Habana. Co-autor de cinco libros, incluyendo *Havana. Two Faces of the Antillean Metropolis*, Premio Choice 1998, y más de 190 artículos, ensayos y reseñas. En 2002 fue profesor visitante en la GSD de Harvard, y en 2006 profesor invitado en la maestría Estrategias Urbanas de la Universidad de Artes Aplicadas de Viena.

Pedro Coll (Mahón, Menorca, 1947). Licenciado en Derecho, al cumplir los 30 dejó el ejercicio de la abogacía para dedicarse exclusivamente a la fotografía. Se inició profesionalmente en el mundo del viaje y del ocio vacacional. Conoció Extremo y Medio Oriente, Caribe y África. Esto ocurrió a mediados de los ochenta. Invitado por la revista Periplo (Madrid) participó en la serie editorial "Worlds Heritage", auspiciada por la UNESCO, con trabajos sobre el gótico francés, el Portugal de Azores y Madeira, así como Australia y Tasmania. Publicó, a menudo firmando los textos, reportajes en Periplo, GeoMundo, El País Dominical, Viajar…Fue seleccionado por la editorial norteamericana Collins Publishers (colección "A day in the life…") para participar en un libro sobre España, al que luego siguieron Italia, California, Irlanda, Filipinas y Vietnam. Algunos de estos proyectos editoriales se expusieron en la Galería Nikon del Rockefeller Center (Nueva York). Editorial Lumwerg, Barcelona, 1995, publicó su libro *El tiempo detenido*, un ensayo personal en blanco y negro sobre La Habana sufriente del "período especial". En 1996 abandonó todo proyecto personal para dedicarse en exclusiva a la producción fotográfica para bancos de imágenes y en pocos años, a través de una red de agentes, estaba vendiendo fotos en mas de 30 países. Desde 2016 pretende impulsar proyectos personales bajo el sello editorial *El punto amarillo*.

El Punto Amarillo Ediciones